

de los tiempos” (389-415). Describe y fundamenta el estudio teológico-pastoral de casos, el cual “permite delimitar y seleccionar situaciones, experiencias y personas, para ser estudiadas en profundidad” (402), a la vez que desarrolla sus posibles aportes a una teología académica de los signos de los tiempos.

La pluralidad de voces y miradas, da a la presente obra una enorme riqueza. La diversidad de disciplinas en que los autores son especialistas (teología fundamentalmente, pero también ciencias sociales y filosofía) hace de este libro una contribución muy valiosa, sobre el concepto central “signos de los tiempos” a la luz del magisterio conciliar y posconciliar.

VERÓNICA L. MASCIADRO

---

MAURICE BELLET, *“Si je dis credo”*, Paris, Bayard, 2012, 144 pp.

---

Maurice Bellet, sacerdote, psicoanalista, teólogo y filósofo francés, ha escrito más de treinta libros que abordan en profundidad, desde diversas temáticas, la vigencia del Evangelio en el mun-

do actual. Lamentablemente su obra no ha sido traducida lo suficiente a la lengua española. El “método” de Bellet—actualmente un “joven” de noventa años— es, generalmente, el de presentar una lectura crítica de algún rasgo característico de la cultura contemporánea, poniendo de relieve la profundidad de la crisis actual, para practicar sobre ella una radical deconstrucción, a la vez que señala la insuficiencia de un cristianismo convencional—incluidas la Iglesia y la teología—para hacer frente y atravesar dicha crisis. Confiando en la fuerza del *agape* y del Resucitado para salvar al mundo, y a través de un riguroso y esforzado ejercicio de pensamiento, Bellet hace entrar en diálogo el mundo actual con el misterio del Hombre-Dios, el único capaz de descender hasta el fondo del abismo y hacer surgir, en esperanza, una figura nueva de humanidad, y también, de lo cristiano, incluyendo la Iglesia, a la Bellet que ama profundamente.

El actual librose distingue porque aplica el método deconstructivo a una realidad religiosa cristiana esencial: el “Credo”, ese pequeño texto, dice el autor, “ya viejo con sus casi dos mil años, y separado de nosotros debido al hundimiento del mundo en el que

apareció. Sin embargo, millones de hombres y mujeres lo recitan aún hoy, como palabras que dicen su fe. ¿Pero piensan verdaderamente en lo que están diciendo? Este texto ¿es un texto muerto, tanto para aquellos que están muy lejos de él como para aquellos que lo repiten, porque se nos ha convertido en algo extraño? ¿O bien puede tomar aún hoy un sentido nuevo, que toca lo esencial de lo que estamos viviendo: el fin de nuestras ilusiones?”

El autor aborda su tema en tres momentos: I. Lo que precede al Credo; II. El texto; III. Tú.

En la primera parte desarrolla tres principios: el principio Evangelio, el principio de significación y el principio de relación. Bellet subraya el hecho de que el Credo es una *respuesta* a lo que se ha escuchado antes, la palabra del Evangelio. Tergiversar este orden puede ser una tentación, tanto del poder eclesial como de la modernidad racionalista. Se corre así el peligro de no encontrarse jamás con el Evangelio. De allí que el primer principio sea el Evangelio, porque es lo que está en el principio: “Las afirmaciones del Credo no pueden ser sino el despliegue de la lógica de ese Evangelio que es la presencia misma, actuante de

Cristo en el corazón de la fe cristiana” (p.30.31). ¿Pero qué dice ese Evangelio? Que Dios es *agape*, que debemos tener *agape* los unos por los otros, y que ese *agape* es indestructible. El criterio de autenticidad evangélica del “yo creo” es que despliegue ese amor que es el gran Despertar, en cada uno, de la vida verdadera. El principio de significación, por su parte, indica que lo importante no es adaptar el Credo al mundo actual, sino que el Evangelio pueda hablar en ese mundo en la plenitud del Evangelio, no en el interior de un cerco religioso, sino al aire libre, en el espacio totalmente abierto de lo que constituye hoy la condición humana. Finalmente, aceptando que el Credo es respuesta a una palabra que se me dirige, el principio de relación me dice que el espíritu crítico consiste en aceptar lo oscuro y lo opaco del Credo, tal vez ricos de un sentido que se desconoce, y que lo esencial para un pensamiento crítico no es tal vez plantearle preguntas al Credo, sino aceptar que el Credo interroga.

La segunda parte, “El texto”, recorre los artículos del Símbolo de la fe. Como introducción Bellet señala que, en un mundo donde pululan diversos relatos

—que la humanidad necesita (de la historia, la ciencia, la “actualidad”, las ficciones, las religiones...)—, el Credo se ofrece como Relato fundador, *capaz de asumir todo lo humano, de decir lo que somos, y, a la vez, de transformarnos*. Lo que Bellet llama el “Espacio” del Relato es Dios mismo, el hombre Jesús y la humanidad crística: lo que se dice acerca de lo que ocurre en el hombre es la proyección, en nuestro espacio humano, de lo que “ocurre” en el Espacio divino (pp.70-71). Es decir, se trata de lo inverso de la clásica proyección antropomórfica tan criticada por los “maestros de la sospecha”. Aquí sucede lo contrario: el Relato dice lo invisible, que es lo real de lo visible; dice lo que es la vida humana cuando se desciende a fondo y se permite que se abra el espacio más grande posible.

Imposible comentar lo que el autor plantea con cada uno de los artículos de la fe. A medida que la lectura avanza se va saboreando lo que afirma hacia el final, que el Credo no es una simple doctrina a transmitir, sino fe en la Vida eterna, entendida como vida humana plena, liberada de la muerte, de lo mortífero, ya desde ahora.

En la tercera parte, muy breve, Bellet aborda el Credo en

el marco de la celebración eucarística, en la que la palabra humana se atreve a dirigirse a Dios, el Padre todopoderoso, “por Él, con Él y en Él”, Jesucristo, en la unidad del Espíritu Santo. El autor es muy sensible tanto a la enormidad del hecho: “¿Cómo decir Tú? ¿Cómo decir Padre nuestro que estás en el Cielo, danos nuestro pan?” como al riesgo de la banalización por parte de los creyentes (p.130). “Es como si, en la oración, fuese necesario no pensar, ya que esa es, sin duda, la única manera de pensar (...) lo que está más allá de todo lo que pensamos, conceptualizamos, imaginamos según lo que nos es posible, concebible. Lo que permanece es la relación, como un puente tendido por encima del vacío, y que nos conduce hacia la otra orilla que queda en la Nube” del misterio (p.130).

De este modo el Credo tiene la posibilidad de transformar a fondo las cuestiones que nos planteamos hoy. “Creo en Dios, creo en el hombre, ya que el hombre y Dios son uno, en su distancia infinita, que es intimidad perfecta (...) Vivamos, Dios hará el resto.” (p.141).

FERNANDO ORTEGA